

una empalizada, la cual resistió mas de lo que se creía, porque era muy poco el efecto que hacian en ella las balas, como que perdian la fuerza en la tierra de que estaba formada. El grande hombre que gobernaba entonces la religion, y cuyo ingenio, valor y actividad infatigable, no obstante que habia recibido cinco heridas, salvaron la ciudad de Rodas, era Juan de Aubusson, caballero alvernés. Estaban tan persuadidos los infieles de que mientras él viviese no podrian apoderarse de la plaza, que pagaron á dos desertores malvados para que le asesinasen; pero no permitió el cielo que se cometiese un delito, cuyas resultas, en aquellas tristes circunstancias, hubieran sido funestas á todo el orbe cristiano. Descubrióse la traicion, y fueron castigados públicamente los traidores con el último suplicio. Un santo franciscano, llamado Antonio Fradin, contribuyó mucho á sostener el valor de los rodios, entre los cuales hacia el mismo papel que hizo San Juan Capistrano en Belgrado. En fin, viendo los bárbaros que habian perecido sus principales oficiales, y entre otros, Ibrahim, yerno del Gran-Señor; que habian muerto nueve mil hombres de sus mejores tropas, sin contar quince mil heridos; que sus cañones estaban inutilizados á fuerza de servir; que se les acababan las provisiones de guerra y de boca; y en fin, desalentados con las visiones en que se figuraban que peleaba el cielo contra ellos, volvieron á embarcarse precipitadamente, perseguidos muy de cerca por los sitiados, que, arrojándose sobre ellos por todas partes, entraron en su

campamento, y cogieron en la tienda del visir la bandera imperial. Hubo en esta derrota una mortandad terrible, y muy difícil de averiguar á punto fijo, porque la mayor parte de los muertos quedaron sepultados en el mar.

25. Lejos de detener á Mahomet este suceso desgraciado, le inspiró una rabia mucho mayor; y al mismo tiempo que se malograba la espedicion de Rodas, meditaba aquel sultan indómito y estremadamente avaro invadir la Italia y hacer que la antigua Roma espermentase la misma suerte que la nueva ⁽¹⁾. Achmet-Baja, célebre por la conquista de Teodosia, marchó con una armada igual á la de Rodas, y fue á embarcarse á Valona, en el Epiro, distante quince leguas de Otranto, ciudad marítima de Calabria. Llegó á ella el 28 de Agosto, y despues de diez y siete dias, en los cuales no cesó de batirla de dia ni de noche, la conquistó, pasó á cuchillo á todos sus habitantes, sin perdonar á las mugeres ni á los viejos, y solo reservó á los niños para llevárselos por esclavos. Las señoras mas principales padecieron, antes de morir, unos ultrages mil veces mas odiosos que la misma muerte. Fueron despedazadas las mugeres que se hallaban en cinta, con las criaturas que llevaban dentro de su seno; despojadas las vírgenes, violadas las religiosas en los templos; degollados los sacerdotes en los altares; pisoteados por los caballos y por los soldados los ancianos que apenas conservaban aliento vital; el arzobispo que á pesar de sus muchos

(1) *Chalc. l. II. n. 29.*

años y achaques exhortaba á su pueblo con una cruz en la mano y revestido de sus hábitos pontificales, á permanecer firme en la fe cristiana, serrado por la mitad del cuerpo con una sierra de madera; y ochocientas personas arrastradas fuera de la ciudad enteramente desnudas, y degolladas una tras otra, despues de haber protestado que querian mucho mas perder la vida que renunciar su religion. Se dió á este lugar el nombre de *Valle de los Mártires*.

La conquista de Otranto abismó á toda la Italia en una consternacion estúpida. No se pensaba ya en defenderse, sino en abandonar el pais. En el primer sobresalto intentó el Papa salir de Roma y retirarse á Aviñon. Pero no tardó en recobrase, y tomó providencias, así para preservar los estados de la Iglesia, como para librar á la Religion de la ruina total que la amenazaba. Envió, pues, inmediatamente á la Pulla veinticuatro galeras que se habian aprestado para socorrer á los caballeros de Rodas: lo que sirvió para contener los progresos del general turco, que habiéndose apoderado de algunas otras plazas despues de la conquista de Otranto, infestaba todo el mar Adriático, y estaba ya cerca de Loreto, con el designio de llevarse sus inestimables riquezas. Como los turcos no tenian comparacion con los europeos, y en especial con los italianos, en la inteligencia de la marina, se retiraron precipitadamente y con un terror tan extraordinario, que algunos lo miraron como cosa sobrenatural. Pero así como es tentar á Dios el omitir los medios humanos por pedir milagros, así tambien es

caer en la credulidad el atribuir á milagro los efectos, aunque sean extraordinarios, de los medios humanos. Exhortando al mismo tiempo el Papa á todos los Príncipes cristianos á que prefiriesen la guerra del Señor á sus desavenencias particulares, los convidó, igualmente que á los prelados, á que pasasen á Roma lo mas pronto que pudiesen, para tratar todos juntos de lo que importaba mas que nunca para la conservacion de la fe cristiana. Hubiera sucedido sin duda alguna en este congreso (el cual no llegó á tener efecto) lo mismo que en otros muchos, en que los Príncipes sacrificaron los intereses mas urgentes de la Religion á los suyos propios, y á sus resentimientos particulares.

26. Pero el cielo acudió al socorro de la Iglesia de un modo tan imprevisto como eficaz. En el momento en que destituida de todo otro medio de defensa, y perseguida con encarnizamiento por el enemigo mas peligroso que habia tenido en ningun tiempo, no podia esperar mejor suerte que la de una esclavitud universal, precipitó la muerte al sultan desde el punto mas brillante de su elevacion. Triunfó el Arca del Señor, cuando si no estaba en poder de los filisteos, la faltaba muy poco para caer en él. Castigó el Señor al nuevo Geteo, el cual murió de repente el dia 3 de Mayo del año 1481, ya fuese de veneno, ó de resultas de un absceso pestilencial, cuando iba á emprender de nuevo el sitio de Rodas, y enviar otra armada á Otranto. Tenia cincuenta y tres años, y habia reinado treinta y uno, señalándose en todos ellos con grandes hazañas y con mayores maldades.

Esta muerte fue profetizada como una señal de la proteccion que dispensa el Señor á su Iglesia, por un santo religioso franciscano, llamado Jacobo de la Marca, hombre poderoso en obras y en palabras, lleno del espíritu apostólico, y reverenciado como profeta en Austria, Bohemia, Hungría y Polonia, donde hizo innumerables conversiones. Los Reyes y los Emperadores le miraban como depositario del poder de Dios. Habia predicho á Sisto IV, cuando no era mas que un pobre fraile franciscano, que seria general de su orden, cardenal, y últimamente Papa. Murió en Nápoles, y fue canonizado por Leon X.

27. Dice Felipe de Comines que Mahomet II, Luis XI y Matías, Rey de Hungría, esto es, un conquistador malvado, un político fementido y un héroe lleno de vanidad, eran los tres hombres mas insignes que habian reinado en el espacio de mas de cien años. Pero ó Comines no creía que la virtud contribuyese á formar el carácter de los grandes hombres, ó tuvo en muy poco á los Príncipes de su siglo. Mahomet dejó dos hijos, el primogénito llamado Bayaceto, de corto talento, poco belicoso de genio, y no muy amado de su padre; y Zem ó Zizim, amante de las armas y de las letras, lleno de inclinaciones generosas, y tan estimado de Mahomet, que parece habia fundado en él la esperanza del imperio. En efecto, quiso este Príncipe quitar el trono á su hermano, pretestando que él habia nacido siendo ya Emperador Mahomet, y Bayaceto cuando no era mas que un particular. Pelearon los dos competidores con el furor que era

de esperar de la grandeza del imperio que había de ser premio de la victoria, y de la circunstancia de ser hermanos los enemigos que se le disputaban. Pero la suerte de las armas no se declaró á favor del mérito, pues derrotado dos veces Zizim por el vencedor de Otranto, Achmet-bajá, tuvo que buscar un asilo en la generosidad de los caballeros de Rodas, los cuales le enviaron á Francia.

28. Mientras duraban estas divisiones del imperio otomano, se vió por la indolencia que mostraron los Príncipes cristianos en unas circunstancias tan favorables, el poco caso que debia hacerse de su celo aparente, y el gran peligro de que habia libertado á la Iglesia el Supremo Moderador de los sucesos y de los imperios, quitando de enmedio á Mahomet cuando estaba ya con un pie en Italia. Todo el efecto que produjeron las exhortaciones del Sumo Pontífice y los esfuerzos de los Príncipes, se redujo á reconquistar á Otranto, donde la guarnicion que habia dejado Achmet, destituida de todo socorro con motivo de las turbulencias de la Puerta, tuvo la gloria de capitular con el ejército del Rey de Nápoles y la armada del Papa. Parece que solo se vió libre la Italia del furor de los infieles para reanimar el de sus habitantes en daño comun de todos ellos. El mismo Papa Sisto, con el pretesto de la libertad y de los derechos de la Iglesia, se declaró contra el Rey Fernando, y se unió al principio con los venecianos (1). Despues se cooligó contra ellos con todos los Príncipes de

(1) *Onuphr. in Sixt. IV.*



Italia, á quienes causaban alguna inquietud los progresos de aquella república. Llegó el Papa al extremo de escomulgarlos, y habiéndose hecho la paz despues de dos años de guerra y de desolacion en toda Italia, accedió á ella con mucha repugnancia. Sisto IV, tan afable para con sus parientes, pero naturalmente severo, tenia por virtud su inflexibilidad cuando se trataba de cualquiera otra persona. Para sostener sus guerras frecuentes, frutos de esta rigidez estremada, se vió precisado á imponer nuevos tributos y á aumentar los antiguos.

29. La Inglaterra, mas tranquila en la apariencia que la Italia, gozaba solo de aquella calma peligrosa en que se forman sordamente las tempestades. Habiendo muerto el Rey Eduardo, de la casa de York, el dia 4 de Abril del año 1483, le sucedió su hijo primogénito, llamado tambien Eduardo, el cual no pasaba de doce años. De dos hermanos que habia tenido, condenó al uno, que era el duque de Clarence, á morir ahogado en una cuba de vino griego, por ciertas conversaciones sediciosas; de suerte que el duque de Gloucester, esto es, el hombre mas perverso de aquella familia atróz, era el único que le quedaba para asegurar la corona en la cabeza de su hijo: Gloucester, mónstruo de naturaleza en el alma y en el cuerpo, feróz en el mirar, de mala fisonomía, sin fe, sin conciencia, sin respeto divino ni humano, sin ninguna especie de sensibilidad cuando mas la aparentaba, sin igual en el arte de engañar, y tan malvado que nunca acariciaba mas que cuando iba á

clavar el puñal. Era cruel por instinto y por principios, y nada le importaba la vida de un hombre, siempre que le servia de obstáculo. Este Príncipe execrable se deshizo del Rey su sobrino y su pupilo despues de dos meses de reinado, y ocupó su lugar con el nombre de Ricardo III. Lo mismo egecutó con otro Príncipe, hermano del Rey, para reinar tranquilo. Al cabo de dos años perdió la corona y la vida, pero en batalla campal: fin demasiado honroso para aquel mónstruo. Tal fue el último Rey de la línea de los Plantagenetas, la que reinaba en Inglaterra habia mas de trescientos años. La batalla de Boswort, en que pereció Ricardo, acabó tambien con la larga y funesta disension de las ramas de York y Lancaster. Su vencedor, Enrique Tudor, conde de Richemont, natural del pais de Gales, y descendiente de los Lancaster por línea materna, fue proclamado Rey en el campo de batalla el dia 22 de Agosto del año 1485; tomó el nombre de Enrique VII, y reunió el derecho de la casa de York al de la de Lancaster, casándose con la Princesa Isabel, hija de Eduardo IV.

30. Luis XI fue acometido á los sesenta años de una apoplejía, que le dejó sumamente débil, en tales términos, que solo conservaba sus ímpetus y arranques naturales, y sus celos y desconfianzas, las cuales se aumentaban al paso que se disminuían sus fuerzas. Sin embargo, tuvo todavía la gloria de reunir á la corona el ducado de Anjou y el condado de Provenza, á consecuencia del testamento del Rey

titular de Sicilia, que le habia instituido por su heredero universal. Poco antes habia establecido las postas en los caminos reales, con motivo de una enfermedad del Delfin. El deseo de recobrar la salud le dió fuerzas para hacer una peregrinacion á San Claudio; pero aumentándosele la debilidad y los dolores se retiró al real sitio de Plessis, cerca de Tours; mandó que le cercasen todo con rejas de hierro, como si fuese la jaula de un oso, y allí no se dejaba ver de nadie. Abandonado en aquella triste morada á su humor naturalmente agreste, el cual se exasperaba mas y mas con la fuerza de los dolores, hizo todas las extravagancias y ridiculeces á que es capáz de reducir la prevision de la muerte y la decadencia de la autoridad, presentando una mezcla risible, y al mismo tiempo digna de lástima, de invenciones extravagantes y de devociones ideadas por él. Bailes de muchachas al rededor de su entierro; compañías de flauteros, llevados de todas partes; oraciones públicas para calmar el viento cierzo que le era insoportable; procesiones continuas en todo el reino; fundaciones innumerables de todas clases; montones de reliquias recogidas en los paises aun estrangeros; de todas estas cosas se echaba mano, para aliviar sus dolores ó para satisfacer sus caprichos. La santa ampolla, que jamás habia salido de Rems, fue tambien llevada á la habitacion que tenia en el sitio de Plessis. En una palabra, se divulgó tanto su empeño en buscar reliquias, que llegó á noticia de Bayaceto, el cual le envió una pomposa embajada, ofreciéndole todas las de Constantinopla con una

suma muy considerable de dinero, siempre que consentiese en entregarle la persona del Príncipe Zizim. Pero lejos de dar oidos el Rey á estas proposiciones, no quiso ni aun ver á los embajadores turcos (1), les mandó salir de Marsella adonde habian arribado, y dió orden para que les dijese, que nada tenia él que ver con el enemigo capital del cristianismo. Ya habia despedido antes con mayor dureza á los embajadores del Rey Ricardo de Inglaterra, el cual, despues de su usurpacion, los envió para solicitar su amistad; y sin querer verlos, mandó que se les respondiese que miraba con horror á un parricida manchado con sangre real é inocente. Refieren algunos autores singulares, que al mismo tiempo que daba el Rey enfermo estas pruebas de virtud, tomaba baños de sangre de niños para templar la acrimonia de los humores que le atormentaban. Pero es increíble que aun el mismo Luis XI pudiese incurrir en semejantes contradicciones, y sobre todo no se presenta ninguna prueba capaz de persuadirlas.

31. El nombre de Francisco de Paula, fundador de los mínimos, era entonces muy célebre en todas las naciones cristianas (2). Todos los buenos le llamaban el santo ó el siervo de Dios, y era muy deseada su presencia en las cortes, donde temia él mostrarse mas que en ninguna otra parte. A pesar de lo mucho que le gustaba vivir obscuro, y de que aspiraba á ser desconocido de todos, no podia conseguirlo á causa de sus virtudes brillantes y de la fama

(1) *Comin. l. 6. c. 10.* (2) *Contin. de Fleury.*

de sus milagros. Fernando, Rey de Nápoles, el Sumo Pontífice y todos los cardenales le honraban á porfia. Luis XI, á quien ninguna cosa se ocultaba de cuantas podian contribuir á prolongar su vida, creyó que no habia mejor medio para ello que hacer ir desde Calábria al solitario maravilloso, de quien se decia que el Todopoderoso no le negaba ningun favor que le pidiese. Al principio le convidó por sí mismo, prometiéndole todos los buenos oficios de su liberalidad para el establecimiento de los mínimos en Francia. Despues hizo que le instase el Rey de Nápoles, su Soberano; y como el siervo de Dios mostrase pocos deseos de agradar á los Príncipes, recurrió Luis al Sumo Pontífice. Estimábale entonces Sisto IV, porque á instancia de su sobrino el cardenal Julian, habia puesto en libertad al de Balua, que estaba preso mucho tiempo habia, como reo de estado. Despachó Sisto dos breves á Francisco de Paula, exhortándole y aun obligándole, pena de excomunion, á que pasase inmediatamente á ver al Rey de Francia, y se interesase por la prolongacion de su vida. Se puso Francisco en camino con el mayordomo del Príncipe, que habia ido á buscarle.

Causó tanta complacencia al Rey la llegada del Santo, que regaló un bolsillo con diez mil escudos al que le llevó la noticia. Luego que supo que estaba cerca de Turena, escribió al Delfin, el cual se hallaba en cierto modo desterrado en el castillo de Amboise, para que saliese á recibirle con todas las demostraciones posibles de honor y respeto. Pero cuando el Santo

se acercó á Plessis, el Rey, que le habia salido al encuentro, acompañado de toda su corte, le recibió como si fuese el mismo Papa, segun las espresiones de Comines. Se postró en su presencia, rogándole que le sirviese de protector para con Dios, mandó que le diesen habitacion dentro del mismo palacio, y encargó á dos criados mayores que tuviesen cuidado de que no le faltase ninguna cosa, y que hiciesen lo mismo con los religiosos que le habian acompañado en su viage. No contento con esto, dió orden para que se les edificase un convento dentro del sitio real, y otro en Amboise. Iba el Santo muchas veces á conversar con el Rey, pero acerca de las cosas de la eternidad, y no de la prolongacion de una vida frágil, „cuyo término (le decia) estaba prefijado para él del mismo modo que para el último vasallo suyo, en el decreto inmutable á que era necesario someterse.” „Hablaba (dice Comines que se halló casi siempre presente) con tanta energía y nobleza, sin embargo de que no tenia ninguna instruccion en las ciencias, que decian todos no haber visto jamás hombre alguno, por cuya boca se esplicase el Espíritu Santo mas visiblemente.” La mejor prueba de esta verdad fue la resignacion y las demás disposiciones cristianas que acertó á inspirar á un Príncipe que estaba tan distante de ellas á los principios, como su estéril admirador. Este Príncipe descontentadizo, mostró una confianza y una amistad constante al que solo le hablaba de muerte y de eternidad, cuando no pensaba él mas que en vivir. Los Príncipes y señores mas